

Relatos Cuánticos

José Iraides Belandria

**Seccional de Profesores Jubilados de
la Universidad de Los Andes**

Relatos Cuánticos

Primera edición

© *Asociación de Profesores de la
Universidad de Los Andes - Seccional de
Profesores Jubilados*

© José Iraides Belandria

Ilustración de Portada

Aladyn

Diseño y Diagramación

Carlos R. Colmenares

Impresión

Hecho el Depósito de Ley

Depósito Legal N°

ISBN

Relatos Cuánticos

José Iraides Belandria

INTRODUCCIÓN

Con estos relatos breves intento describir resonancias y ecos que la mecánica cuántica, la termodinámica, la teoría de la relatividad, la física del caos y la teoría de las cuerdas presienten sobre la creación del mundo, la vida, la muerte, la resurrección, la alquimia y la existencia de seres extraños como dioses, demonios, fantasmas, espectros y otras entidades de la realidad tangible e intangible. Son conjeturas heurísticas vislumbradas espontáneamente en versiones metafóricas de la ciencia y el arte.

Aun cuando la temática de los textos es una aproximación libre de la imaginación, sin rigores ni ataduras formales con la ciencia y su metodología, conviene hacer un esbozo de los alcances más notables de las teorías mencionadas para aclarar la significación de los contenidos.

Empezando con la termodinámica, podemos decir que esta ciencia relacionada con la energía y la entropía se basa en cuatro leyes fundamentales. La primera de estas leyes postula la conservación de la energía expresando que tal entidad no se puede crear ni destruir sino transformar en infinitas variedades energéticas. Así, es posible captar cómo todo en el universo es cambio, movimiento e impermanencia, pero detrás de esa incesante transformación cósmica, existe algo inmanente y trascendente, la energía, la cual se asocia a dioses y demonios, al alma, al espíritu

y a otros entes. La energía está implícita en todas las cosas, es indestructible y trasciende a la vida y a la muerte. Alternativamente, la segunda ley propone que la entropía total del universo tiende a un máximo que lo conducirá inexorablemente a la muerte térmica. Según esta ley, la entropía se puede crear, pero es imposible destruirla. Su inevitable crecimiento conduce irreversiblemente al caos, a la desorganización, homogenización y degradación energética de la naturaleza. Como consecuencia del incremento de entropía, el universo acabará frío y muerto en una insondable tumba cósmica. En el mismo tono, la tercera ley establece que la entropía es cero cuando la temperatura alcanza cero grado absoluto. Secuencialmente, la ley cero o cuarta ley, según algunos autores, está relacionada con la noción de temperatura expresada como una relación transitiva. Es decir, si la temperatura de un cuerpo A es igual a la temperatura de un cuerpo B, y la temperatura de B es igual a la temperatura de C, entonces las temperaturas de A y C son iguales.

Con respecto a la teoría de la relatividad, sus concepciones explican como el espacio y el tiempo son relativos y dependientes de la posición del observador. Estas magnitudes están ligadas por una estructura geométrica de cuatro dimensiones que enlazan el tiempo y el espacio en forma indisoluble. En esta red geométrica, no euclidiana, hipercúbica, el tiempo y el espacio se contraen y la masa y la energía se dilatan cuando aumenta la velocidad de un objeto. Consecutivamente, al decrecer la velocidad de un

observador el espacio y el tiempo se dilatan y la masa y la energía disminuyen. Según la teoría, las deformaciones causadas por los cuerpos masivos sobre el tejido del espacio y el tiempo originan la gravedad. También, predice la forma curva del universo y si no se restringe con la constante cosmológica pronostica la expansión del cosmos y la explosión creadora de todo lo que existe. Sus paradigmas indican que la máxima velocidad alcanzable en el universo corresponde a la velocidad de la luz cuyo valor es constante y absoluto.

Igualmente, plantea la conversión recíproca de masa y energía, predice la posibilidad de viajar a través del tiempo y argumenta que el universo es determinista y predecible. La conversión de masa en energía habla de cuerpos transformados en luz cuando trascienden las barreras dimensionales del espacio y el tiempo.

Visualizando a la mecánica cuántica, sus postulados describen el comportamiento de los átomos sugiriendo que están formados por protones, electrones, neutrones, neutrinos, mesones, antiprotones, quarks, antiquarks, gluones, entre otras numerosas partículas y antipartículas constitutivas del microcosmos cuántico. Esta teoría insinúa que las entidades subatómicas se comportan como ondas o partículas, siendo imposible predecir tal ocurrencia.

El principio de incertidumbre sugiere que el universo es no lineal, indeterminado y probabilístico, sujeto al azar y al caos. Por lo tanto, no es posible conocer, con absoluta certeza, el curso y la historia

de los acontecimientos. Las deducciones cuánticas atisban mundos paralelos, la simultaneidad de la vida y la muerte, la existencia de antimateria y antienergía, la transmutación de los elementos, la alquimia, la superconductividad, la existencia de múltiples universos o historias paralelas, la posibilidad de entes virtuales, mutantes y fantasmas, la aparición espontánea de seres, la inmortalidad, la invisibilidad, la levitación, la superconductividad, la resurrección, la transmutación de los elementos y la posibilidad de la piedra filosofal. La mecánica cuántica insinúa que todo es vibración, transición y metamorfosis, como pensaban los antiguos alquimistas.

Ahora, al considerar la teoría del caos, ésta plantea la coexistencia simultánea del orden y el caos presentando una visión del universo diferente a la interpretación apocalíptica de la termodinámica clásica. De acuerdo a esta concepción, el desorden es aparente y detrás de él se encuentra oculto un orden interno y viceversa. En otras palabras, detrás del caos y el orden existe una multitud de procesos creadores y destructores de entropía que desafían y sugieren extensiones de las leyes convencionales. Esta teoría muestra la dinámica de la entropía y antientropía, describe las figuraciones de los atractores extraños e insinúa la inquietante geometría de lo imprevisible, irregular y fractal. Las consideraciones teóricas señalan la evolución de rutas evolutivas y puntos de bifurcación durante la emergencia de los procesos caóticos conducentes a universos llenos de creatividad y libertad.

Concluyendo, la teoría de las cuerdas propone que todas las entidades del mundo pueden reducirse a vibraciones y resonancias de cuerdas de energía que oscilan en dimensiones infinitas como si el universo fuera el resultado de una música cósmica ejecutada por un director magistral y sorprendente.

Desandar estos mundos es el objetivo del presente trabajo.

Allá está el infinito donde se encuentra grabado el ruido de la creación del mundo. Asombrado, percibo el primer instante cuando un cristal perfecto como un punto matemático estalla en el vacío cuántico. Del caos brotan las galaxias y partículas que componen los seres. De la nada surge la curvatura del universo, la geometría del espacio y el tiempo, la energía, la masa al cuadrado y el fuego de la vida. La esencia de todas las cosas está allí en forma de corpúsculos y ondas enlazadas por un tensor matemático y una fórmula relativista.

Emerge la tumultuosa entropía, las fuerzas de la vida, hipercubos, cuerdas y las múltiples dimensiones de la bruma cuántica. Aparecen los quarks, partículas, antipartículas, átomos, genes, agujeros negros y seres de remotos mundos. Del polvo diluido nacen estrellas que se esparcen en los confines celestes.

Fuerzas prodigiosas generan los agujeros negros en la oscuridad cósmica. Ni siquiera la luz puede elevarse en el horizonte de relámpagos difusos. Nada logra escapar a su intensidad profunda. Solamente, surgen fragmentos de antimateria que habitan almas de seres increíbles.

Una huella calorífica recuerda el instante primigenio cuando alguien incendió el cielo con una llama portentosa. Su resplandor alcanza dimensiones estelares que todavía se sienten en el fondo de microondas del universo. En ese momento singular sin tiempo ni espacio comienza el prodigio humano. Desde entonces, habitamos galaxias llenas de fulgor y vida.

Vibra el micromundo con centellas revelando el principio de todas las cosas. Florece el macrocosmos indeterminado y probabilístico. Surgen universos paralelos con historias abiertas. Nacen células y la espiral evolutiva de la inmortalidad se desenvuelve en conexiones químicas de enlaces mutantes.

Todo lo que existe es consecuencia de las vibraciones multidimensionales de infinitas cuerdas de energía. Parece que el universo y el ritmo de la vida y la muerte es el resultado de una música cósmica producida por insólitas cuerdas vibrando al unísono en el fondo estelar de la creación.

En estos extraños mundos
estamos vivos y muertos al
mismo tiempo. Otras veces
desaparecemos sin dejar rastro o
existimos en todas partes
disueltos en fotones luminosos.
En la incertidumbre cuántica
flotamos como ondulaciones o
fragmentos en un espacio de
cuerdas y cenizas eléctricas sin
límites ni contornos.

Como cuantos de luz volamos en las regiones donde habitan las radiaciones del cuerpo negro. Mutándonos cruzamos los bordes del espacio transformados en corpúsculos veloces y briznas de colores. El tiempo se desvanece cuando alcanzamos la máxima entropía y un equilibrio mortal nos inunda en la soledad del átomo.

Férvidos curvamos el espacio sobre el tiempo sin pensar el movimiento. Inconcebibles penetramos otros mundos convertidos en vestigios. Después, la gravedad desata el tiempo envejecido y renacemos en cuatro dimensiones pobladas de fantasmas.

Cuando soñamos convertidos en luz viajamos sin mirar el pasado, el presente o el futuro. Extasiados vemos las curvas multiformes de la historia y despertamos creyendo en rutas ilusorias. Con esperanza volvemos a empezar en la energía blanca del espíritu.

Hipercubo galáctico de cuatro dimensiones, abre tus alas para iniciar trayectos imposibles. Cuando giras, llegan memorias de la fábula del hombre. A veces, dejas huellas de viajes perdidos en el tiempo o vuelas al mañana sin volver.

Sin edad nos desplazamos en el
laberinto del espacio y el tiempo.
Admirados visitamos universos
que muestran facetas de la vida.
Los recuerdos olvidados se
expanden y contraen con la alegría
del viaje indefinido.

Percibo ráfagas de materia y energía socavando la incertidumbre en la efímera realidad. Como un fantasma presiento el sendero y ligereza de un fotón en el plasma cósmico. Sublimado esculpo sobre una piedra el tensor del universo y la tangente estelar del punto negro donde la hermosa luz se curva más allá de todas las estrellas.

El tiempo es una metáfora elástica recorriendo la suerte de los hombres. Como una espiral conmociona la vida y lo absoluto de la muerte. Moviéndose lentamente con el afán del día se contrae cuando estamos alegres y se expande cuando estamos tristes volando con los sueños.

Cuando todo se detenga nos volveremos inmortales. Se multiplicarán los colores y movimientos de las nubes. Las aguas invertirán sus cauces contra la gravedad y los planetas alinearán sus órbitas con los ciclos siderales. Entonces, un instante bastará para renacer en otro mundo y alcanzar la eternidad.

La flecha logarítmica del tiempo surge de la expansión del universo y del flujo inexorable de entropía. Inspira las voces de profetas figurando los inconmensurables procesos siderales. Nos habla de entes y sombras que habitan las sinuosidades del mundo.

La relatividad cruza la fugacidad de los seres y las fronteras no lineales de lo eterno. Describe la incesante transformación de todas las cosas y la historia de este mundo cambiante e inestable. Relata las aproximaciones de la realidad desenvuelta en caos y posibilidades.

Un día universal pensé un problema mágico y extraño para ilustrar los mitos de la vida. Imaginé un ser destruyendo entropía en un mundo rodeado de fuego y moléculas de humo. Del colapso entrópico brotan espíritus sublimados que cruzan la barrera del tiempo creando energía a partir de la nada. Radiaciones amarillas recuerdan el caos primigenio de la eternidad molecular de orbitales atómicos. Como un milagro retornan los móviles perpetuos y seres milenarios renacen del flujo de energía. Supremamente, percibo la resurrección y la vida en los bordes de la muerte térmica.

En algún lugar del cosmos la energía diluida rejuvenece el tiempo y el flujo de los ríos. Sempiternos los ciclos se mueven en los remolinos del espacio. Como eslabones mágicos nunca cesan su peregrinar apareciendo y esfumándose entre nubes perpetuas. Cuando se acercan a la muerte resurgen a la vida por caminos imprevistos.

Vivimos en universos paralelos bifurcados hacia remotos futuros, pasados y presentes. En algunos de esos mundos estamos vivos y en otros estamos muertos o somos seres fantasmales en las dimensiones del tiempo. En algunos lugares existimos todos, en otros existo yo, y en algunos existes tú, solitario y recóndito.

Estos rumbos perdidos como el olvido los he transitado muchas veces con mis ojos infinitos. Son un laberinto de fractales cuyos muros cambian de posición a medida que camino. Son travesías que describen una curva sin principio ni fin como el atractor del caos o la topología del mundo donde se disipan cuerpos insólitos convertidos en polvo y energía.

Los fractales revelan el orden escondido detrás del caos, muestran la dinámica de la entropía y antientropía, expresan las figuraciones de los atractores extraños e insinúan la inquietante geometría de lo imprevisible cuyas bifurcaciones simulan una maraña cósmica.

Casi todo es un inmenso vacío como la soledad del hombre o la ausencia del amor. Ese vacío abarca las profundidades del alma y las dimensiones estelares. Allí habitan seres transparentes como ilusiones de sueños. También, se agitan espíritus y radiaciones invisibles que algunas veces observamos en la oscuridad de la noche.

La incertidumbre cuántica, la indeterminación, la duda inquietante, la ruptura de la causalidad, lo absurdo, lo impreciso y lo probabilístico definen al mundo. Todo es fortuito y no hay certeza de estar vivo o muerto en las múltiples dimensiones de la realidad.

Ante la vastedad de lo inconmensurable y eterno me pregunto ¿quién hizo tantas estrellas para alumbrar a un mortal en una noche como ésta? ¿qué fuerzas condensaron la energía en esos puntos luminosos y distantes? y ese enorme espacio y geometría insinuando mi pequeñez humana ¿cómo surgió? Intuyo que esas fuerzas rigiendo las estrellas son las mismas que atan las cenizas de los hombres.

Al mirar las estrellas imagino cómo los rayos que llegan a mis ojos iniciaron su viaje en tiempos infinitos cuando nacieron en algún lugar del cosmos. Desde allá comenzaron su viaje en la extraña turbulencia de la vida. Doblándose y arqueándose ante los vórtices de los agujeros negros se plegaron a la forma curva del universo inmenso. Empezaron a moverse más allá de todas las galaxias donde la nada colinda con el vacío cuántico. En ese límite que se expande y vibra a cada instante nacen corazones de hidrógeno que retornan a su lugar de origen o se transforman en polvo o estrellas azules. Inexplicablemente, después de eternidades su luz llega hasta mí.

Siento que mis átomos forman parte de esas estrellas temblorosas. Presiento que alguna vez estuve allá iluminando el camino de otros mortales. Definitivamente, estaré con ellas cuando mi cuerpo transformado en energía celeste cruce las orillas del espacio o las oscilaciones del tiempo sin dimensiones ni forma.

Los astros irradian luz como una constelación mitológica en el centro del universo. Sus reflejos se desplazan hacia el rojo electromagnético indicando su lejanía expansiva. Cuando se mueven las trayectorias semejan ondas y partículas en la noche estrellada del espacio azul.

Absorto contemplo un eclipse en las proximidades del cielo. Como remolinos el destello inunda mis ojos en mares distantes. Su forma parece una mujer expuesta a las corrientes del éter como una onda incomprensible. Es un talismán que habla del amor y ecuaciones inconclusas. Suspendido, el perfil se mueve a la velocidad de la luz en una llama de oro.

Descubrí el origen de la vida cuando un destello eléctrico produjo cadenas de moléculas en un antiguo mar. De aquel lugar nacieron las extrañas mutaciones de los seres que pueblan la tierra y mundos lejanos. De allí, emergiendo del océano me expando en los ancestros del barro y en la ruta evolutiva de los hombres.

El misterio de la vida surge en el fondo del mar. Sobre el espejo del agua la luz difracta el iris de los ojos proyectando los albores del cielo en las profundidades acuáticas. El agua absorbe las tonalidades oscuras y se revela la luz blanca en el lienzo corpuscular de matices luminosos.

Aparece un arco iris cuando los rayos del sol atraviesan una tenue lluvia y las pequeñas gotas de agua refractan la luz en bandas multicolores de prismas diminutos. Entonces, comienza la vida como un holograma en la transparencia del éter.

No sé si la esencia del universo está inscrita con números impares o si las ecuaciones definen la ruta de los hombres. Solamente, oigo dioses y demonios hablando un lenguaje matemático que no comprendo. Decidido, me aproximo al mundo con el oráculo mágico y una ecuación incommovible.

Sigo las herraduras del camino labrado con números romanos. Los guarismos muestran amalgamas de símbolos sin marcos ni confines como augurios infinitos. Describen galerías de espejos biselados con piedras y escoplos. Al final de la senda, un adivino predice el futuro en una carta matemática.

Las figuraciones cuánticas, termodinámicas y relativistas circundan la existencia terrenal del hombre y su esperanza cósmica. Divulgan las manifestaciones de los seres, predicen la alquimia, anuncian la resurrección, revelan milagros y vaticinan mundos que trascienden todo lo que existe.

Frente a las costas del mar hablo de la vida que se nos va sin poder evitarlo. Siento el filo del tiempo relativo precipitándonos sin prisa en el ciclo de la vida y la muerte. Oigo el eco de amigos que emprendieron el viaje eterno antes que yo. Como espejismos los veo suspendidos en la infinitud convertidos en luces y cenizas.

En una choza orientada por
estrellas de neutrones vi nacer al
niño en medio del desierto.
Como exhalación se transforma
en un hombre que habla a las
multitudes con verbo encendido.
Después, contemplo una cruz
hipercúbica soportando la
agonía del ser inmortal.

La tierra tiembla y su fuerza se transfigura grabando señales en las concavidades de la luz. En ese instante, una esquirla de la creación cruza el espacio cuando el sol trasciende su energía encima de los árboles.

Sobre las olas del mar camina un
hombre luminoso y fugaz.
Cuando amanece levita encima de
constelaciones celestes que
apuntan al sol. Sin tregua aparece
en todas partes discutiendo las
cosas del mundo. Al acercarse la
noche se desvanece como estela
cuántica en las sombras nocturnas.

En las orillas del río un hombre hace milagros cuando todos piden cosas imposibles que se realizan bajo palabras y movimientos de manos elevadas al cielo. Canta salmos incomprensibles, revive muertos, cura ciegos, levanta parálíticos y sana leprosos. Al retirarse, su cuerpo se torna invisible mientras el sol detiene el movimiento planetario encima del espacio turbulento.

Ese día entusiasmado vislumbro a la figura prodigiosa con manto azul. De pronto, cuando todos invocan con profunda fe la estampa se eleva sobre los campanarios y su campo electromagnético se transforma en escarchas multicolores y perfumes. Desde entonces, espero la entropía negativa en la génesis de Dios.

Llegué a la casa antigua donde la efigie de un niño hace portentos cuando lo adoran con alegría. Su presencia extraordinaria manifiesta fulgores alquímicos que cubren su cara de yeso arcaico con hermoso color rosado. Al salir de la morada, consigo una piedra tallada recordando al niño milagroso en las profundidades del páramo.

Cicatrices que destilan aceite y agua resaltan el rostro de la venerable figura. Devotamente, recojo gotas del elixir sagrado y las coloco encima de mi corazón herido. Al instante, siento un calor profundo que cura mis lesiones. Sublimado, doy gracias a la divinidad por la sanación total.

La muerte de mi hermano me sorprende a distancia una incomprensible madrugada. En ese momento trascendente mi cama se estremece y una luz ilumina la oscuridad del cuarto. Al otro día, lo acompaño hasta el cementerio. Lo veo como un santo dormido con su barba blanca. Visito su antigua habitación. Siento la ausencia y el vacío energético. Su alma había iniciado el viaje eterno incorporándose a la totalidad universal.

En el fondo del altar una fotografía define la tristeza de una mujer. De su frente emanan resplandores que iluminan el lugar oloroso a incienso y humo. Conmovido, siento la presencia del ser incorpóreo, y pienso, como al morir queda algo más que la imagen borrosa de un retrato.

Durante la noche una joven recorre la plaza mirando la luna. Al sentarse frente a la catedral su cara revela espléndidos matices. Hermosa camina las calles adornadas con luces alegres. Luego, los árboles se confunden con la oscuridad y un rictus de vejez se extiende en su rostro. Al amanecer, los primeros rayos del sol hacen brillar sus canas y las melancólicas arrugas se arquean para decir adiós cuando desaparece en el céfiro.

Una noche diviso sombras
volando como cometas sobre
montañas y acantilados. Seres
imaginarios cantan como pájaros
escondidos en la oscuridad.
Súbitamente, los espíritus alados
se transforman en centellas
cuando llega la madrugada.

Mientras pernocto en bibliotecas colmadas de códigos extraños, escucho sonidos y cantos antiguos. Aparecen visiones geométricas sumergidas en la ruta de los sueños. Acontecen las leyes de la física combinadas con la astronomía perseguida por poetas lunares. Veo filósofos y santos descifrando misterios de la tabla periódica incrustados en la alquimia o pergaminos apócrifos. Con ritos secretos revelan palabras grabadas sobre tumbas herméticas.

Construí un horno de barro al pie de la montaña frente al sol y la luna. Amasando la arcilla con sudor y agua el horno creció como una cúpula hacia el vértice astral. Con sublimaciones el humo del carbón lo secó como las arenas del desierto. El atanor parece un espejismo cuando el fuego exotérmico purifica mi espíritu y las cenizas de la combustión sagrada flotan en el centro geométrico de energía fugaz.

Una mañana de mayo cuando el sol empezaba a levantarse vertí en un matraz de cuello largo un rosario de metales y planetas. La luz multiplicada en el espejo cuántico se filtra entre átomos de arsénico y cristales de azufre encendidos en el núcleo solar. Brillantes como llamas la mezcla de espíritus metálicos vuela encima del crisol de fuego.

Durante las noches las fuerzas de la luna difuminadas en sombras planetarias atraen las siluetas del agua y las gotas de mercurio se transmutan como remolinos en el corazón purificado. Otras veces, el elixir sublimado hierve a través del alambique elevándose como vapores sobre estrellas de antimonio y nubes de ácidos.

El fuego se agita sobre carbón y cenizas metálicas de crisol plateado. Con llamas candentes como la lava de un volcán se purifica la mezcla de sales y placeres. Mientras observo la combustión, los humos bifurcados se expanden olorosos en la estela lunar.

Después de transmutaciones impensables un halo comienza a rodear el fondo del matraz cuando un cristal empieza su vida en el piélago metálico. Mi cuerpo y espíritu se estremecen a medida que el cristal crece transformándose en una piedra de color rojo. Sus contornos fosforescentes cruzan las fronteras del espacio mostrando los ciclos del cosmos y el comienzo de las cosas en las brumas de la nada.

Cuando toco la piedra algo intemporal invade mi cuerpo. Invisible me acerco a los hombres. Sin edad visito monasterios antiguos. Como un inmortal observo cementerios cubiertos de cruces y huesos. Curo enfermos. Resucito muertos y me transformo en cualquier cosa como un árbol oculto en la selva o una flor suspendida en el aire. Alegre vuelo entre nubes como un pájaro de fuego levitando encima de trapecios y domadores de tigres. Alucinado vaticino el futuro en una esfera de cristal adivinando los signos del amor y el álgebra de las estrellas.

Con regla y compás inserto un cuadrado en la circunferencia del cielo. La curva extendida en los arcos celestes simula el origen de los números y la esperanza de los hombres. Cuadrando el infinito de la esfera comprendo el teorema de la vida y la muerte.

Al dibujar una curva logarítmica trazo la línea de la vida sobre la arena de la playa. Una flecha indica el nacimiento y un ramo de flores adorna un camino sin retorno. De pronto, la fuerza del viento borra mis rasgos y nubes de antimateria disuelven mi alma en las arenas del mar.

Hoy encontré un imán situado en dirección opuesta al flujo del tiempo. Como brújula enigmática se dirige hacia el vector solar y al punto máximo de la dimensión celeste. Es una cruz magnética flotando en la insondable gravedad. Al tocarla, su campo de fuerzas orienta mis moléculas a lo largo del destino.

Aquel día lancé un juego de naipes y las cartas quedaron suspendidas en el lienzo del cielo. Hice una señal y las barajas aparecen en el otro lado del mundo. Con extrañas ilusiones imagino la sota de copas que cae en mis manos con una exhalación incomprensible. Luego, las estampas vuelan encima de las nubes.

Filas interminables de caras
traspasan las bifurcaciones del
tiempo sin principio ni final. Seres
ocultos retornan al presente
reverberando como fantasmas en
los rayos curvados de luz. Parece
una sucesión infinita de ojos que
miran desde el fondo de espejos
paralelos iluminados por una
tenue llama.

Manchas de colores oscilantes impregnan mi retina cuando mezclo sales antiquísimas con luz polarizada. Como arlequines fantásticos los metales danzan bajo fuerzas invisibles. Asombrado, veo nacer un diamante en los lazos amorosos del cristal.

De improviso, salta un átomo cargado con electrones fulgurantes. Sin embargo, no puedo verlo, ni predecir su forma en la cámara de nubes. Solamente, capto manchas de trazos hipotéticos en el marco de los ojos. Al final, no se si existe o no existe, cómo es, dónde está o cómo se comporta. Apenas es un espectro en la penumbra cuántica.

Lo invisible se resuelve como fuerzas creadoras en el corazón fractal de un laberinto catalítico. En la pared orbital o en el vértice cúbico palpita el orden y el caos de la estructura cristalina donde crecen armonías de verde rutenio y zirconio rojo.

Las órbitas nucleares vibran como curvas onduladas en el corazón de un protón. Cuando se enlazan las ondas aparece un mesón perdido en las entrañas atómicas. Sorprendido se desintegra en halos de oro.

Llamas de plutonio, relámpagos de telurio, centellas de neutrones y tormentas de estroncio se transmutan en nubes de plomo y espirales de uranio. Se enciende la tierra con un calor voraz que funde las piedras. Extrañas formas que contemplan las aves presagian holocaustos terrenales y misiles portentosos.

Las bombas atómicas destruyen la tierra y especies planetarias. Las radiaciones invisibles penetran las células de todo ser viviente. Calcinan los huesos y mutan los genes en formas infrahumanas. Nunca cesarán sus efectos hiperbólicos ni su influjo letal expandido hasta el borde del cosmos.

Al visitar un reactor nuclear observo que nada vive sobre la tierra seca. Todo lo biológico desaparece bajo el efecto de radiaciones invisibles. Solo una luminosidad azul cubre el núcleo mortal encendido con reacciones de energía y dolor.

Cuando paso frente a una torre de alta tensión siento cómo las moléculas que componen mi cuerpo se polarizan y agitan convulsivamente. Una tormenta electromagnética sacude mis células, desordena su ritmo y trastorna sus núcleos.

El espacio está lleno de basura electromagnética, de ondas y corpúsculos nocivos, de informática y mensajes alienantes, de seres digitales, de sensaciones virtuales, de emociones cibernéticas, de radiaciones atómicas que penetran todos los rincones causando un cáncer invisible que amenaza la sobrevivencia planetaria.

¿Hasta cuando consumiremos insaciablemente los recursos de la tierra? ¿Cuándo saciaremos nuestra voracidad energética? Cada día extraemos más petróleo, uranio, hidrogeno, carbón, acero, metales y no metales. Cada día producimos más deshechos, latas, plásticos, chatarra, gases de invernadero, sustancias tóxicas y excrementos electromagnéticos. Cada día surge más hambre, miseria y desolación ¿Cuándo terminará la locura de los industriales, científicos, ingenieros, economistas, políticos y gobernantes, empeñados en transformar la carne, la sangre y los huesos de la tierra en energía, dinero, contaminación y muerte? Algún día todo se agotará y desapareceremos de la faz de la tierra.

Impactante atmósfera contaminada con carbono enrarecido. Colosal invernadero perturbado por el hambre energética y las usinas terrestres. Sutil capa de ozono desgarrada por cargas químicas fatales. Nada quedará cuando las radiaciones caloríficas incineren el lomo de la tierra.

Al mirar los cielos presenciamos la intensificación del efecto invernadero y los agujeros de ozono. En la tierra y sumergidos en mares yacen sarcófagos enterrados con desechos radiactivos mortales. En el agua, el aire y los suelos pululan agrotóxicos y sustancias químicas maléficas. Al caminar por las calles respiramos emanaciones tóxicas de industrias y motores de automóviles. Con alimentos consumimos sustancias cancerígenas, hormonas y pesticidas. En todos lados proliferan las heridas de la contaminación terrenal. Por la irracionalidad del hombre, un apocalipsis químico se cierne sobre nosotros.

Se desvanece la gravedad y los núcleos estelares explotan como supernovas cuánticas. La entropía crece hasta la consumación de los siglos y la energía no se puede crear ni destruir sino transformar en ondas inconclusas. Solamente, el caos trasciende la fuerza inercial en las profundidades bosónicas donde cargas telúricas socavan las rocas.

Cuando se alcance la muerte térmica nada vibrará en la caverna de entropía nula. Ningún movimiento será perceptible en las oscuridades del vacío inerte. En ese instante, el universo estará congelado como un cristal negro bajo el silencio del cero grado absoluto.

Después de eras infinitas volveremos nuevamente al principio del mundo renaciendo de cenizas como aves mitológicas. De la bruma cuántica surgirá la geometría orbital impulsada por gradientes energéticos y entrópicos. Volverán los días y las noches a culminar la efímera existencia de los seres destinados a nacer y morir en los ciclos de la vida, fugaz y breve como el parpadeo de mis ojos.

